

P. (DEPUTAMADRE)

*
*
*
*

Un monólogo que son cinco.

Juan Luis Mira

***"Comed, amigos, y bebed,
embriagaos de amor."***

Cántico de los Cánticos, 5,1..

***"Decía Baldabiou que a veces venían
desde París para hacer el amor con
Madame Blanche. Al regresar a la capital,
lucían en la solapa de sus trajes de
etiqueta pequeñas flores azules, las que
ella llevaba siempre entre los dedos, como
si fueran anillos."***

Alessandro Baricco. Seda.

p.

Personaje:

PABLO, que es muchos Pablos a la vez, entre 20 y 40 años.

Tiempo:

HOY.

UNO.

P.

Madre no hay más que una, aunque sea una puta.

Mi puta madre era la madre más buena del mundo. Yo sé que la mayoría piensa que su madre es la mejor, se equivocan: la mejor era mi madre. Mi padre nos abandonó cuando yo sólo tenía un par de años, se largó con la beata del barrio, la Presidenta de la Adoración Nocturna, con la que al parecer compartía rosario y cama. Mi madre no se lo pensó demasiado, suspiró aliviada por el peso que se había quitado de encima –mi padre era una mole de más de cien kilos- y entonces ella, como no tenía ni oficio ni beneficio escogió el oficio que más beneficio le supusiera en aquel momento para sacarme adelante, y se metió a puta. Era una puta muy feliz. Desde que se fue mi padre, siempre sonreía. Mi infancia fue feliz: rodeada de padres por todas partes: mi madre recibía en casa y yo sabía que cada vez que tenía papá nuevo –casi todos los días, menos los domingos y fiestas de guardar- me tenía que ir a jugar a la calle. Todos mis padres, además de pagar a mi madre cada vez que se acostaban con ella –algo que, pienso, deberían hacer todos los padres de verdad- tenían la obligación de traerme chucherías y regalos. Era un impuesto que se había inventado la puta de mi madre. Mi madre era así: una puta con imaginación. Y yo tenía mi habitación que no cabía un indio más, ni una chapa, ni una gominola. Era la envidia del barrio. Aunque prefería la sonrisa de mi madre a todos los regalos del universo.

A mis amiguitos, en el fondo, les hubiera gustado que sus madres hubieran seguido el ejemplo de la mía y se hubieran metido también a putas. Yo tenía de casi todo. Ellos, de casi nada. Mi bocadillo de

mortadela de la mañana, por ejemplo, lo compartía con media calle. Y también compartía los tevecos del capitán Trueno que me regalaba cada sábado uno de mis padres, que me caía de putapena, el padre menos padre de todos los padres que tuve, y que un día vi por la calle disfrazado de cura.

En el cole me llevaba muy bien con todos. Mi madre nunca había ocultado nada, incluso en sus tarjetas de visita había puesto debajo de su nombre la inicial P, p punto, para qué más. Era suficiente. Y yo sabía que era simplemente eso, un hijo de puta.

antes los llamaban hideputas, de eso me enteré un día en clase mientras leíamos El Quijote en voz alta. Había dos bandos, ¿no?, nos explicaba Don Pablo, en uno estaban los hidalgos –los hijos de algo, osea, que eran gente importante- y en el otro los hideputas – los hijos de puta, osea, que eran hijos “naturales”. Naturalmente, ¿había algo más natural que mi madre?

Yo era, bueno, soy, un auténtico hijo de puta.

Por eso cuando me decían:

Pablo, ven para acá, fill de puta.

Yo iba encantado. Y cuando me decían: ¡Hijo de la grandísima puta! Hinchaba el pecho, orgulloso, como si a mi madre la hubieran condecorado. Lo malo es que a veces me despistaba y acudía sin tener que ir. Y es una putada. La gente utiliza el hijo de puta muy a la ligera, sin fundamento, hijoputa por aquí, que si menudo hijoputa, y yo, cada vez que lo oía, pues me plantaba allí, aunque en la mayoría de las ocasiones no tenía nada que ver conmigo. Una vez, Pablo, mi mejor amigo, se estaba pegando por mí en el patio, fui a separarlo del Pirri, que era un camorrista.

Es que te ha llamado hijo de puta...

¿ Y qué?

Cómo que y qué, imbécil.

Aquel imbécil sí que me molestó. Me molestó porque mi tocayo lo estaba pasando mal: su casa era una bronca detrás de otra y su padre terminaba diciéndole a su madre ¡puta, más que puta! ¡Como si aquello fuera un insulto!

Así que abracé a mi amigo del alma con todas mis fuerzas y le canté un trozo de una canción que me tarareaba mi madre todas las mañanas mientras me preparaba el vaso de leche: “No importan las palabras, moreno, sino el corassóon de hieeeeelo...”. Es decir, algo que, ya de mayor, me ha servido de mucho toda mi vida: no ofende quien quiere, sino quien puede. Y ningún hijo de puta que no lo sea puede herir lo más mínimo a alguien que, como yo, lo es de verdad: Un genuino hijo de puta. Un hidalgo hideputa.

Por la noche, antes de acostarme, mi madre me contaba unas historias preciosas. Preparada para la guerra, como ella decía, bien pintada y con un escote delicioso, antes de empezar a trabajar, se zambullía en un mar de osos de peluche y me hablaba de estrellas que lloraban flores de agua, las flores de agua que brotaban la noche de San Juan y que sólo unos pocos podían ver. Si consigues verlas, les pides un deseo y se cumplen. Y me contaba historias de madres que eran también putas, como ella, y querían mucho a sus hijos y les contaban cuentos todas las noches para que, a la mañana siguiente, el cielo fuera todavía más azul. Quién no iba a tener, así, dulces sueños, Mi madre consiguió que yo nunca tuviera una pesadilla.

Un día, al levantarme – había cumplido ya los doce- mi madre no estaba en casa. Me extrañó porque siempre me despertaban sus besos y sus risas. Me vestí corriendo y me fui yo solo al cole. Durante el recreo vinieron a visitarme unos señores que parecían policías aunque no llevaban uniformes y me dijeron que mi madre había sufrido un accidente. Después me enteré que uno de mis

padres se había vuelto loco y le había clavado un cuchillo en el pecho.

A ella, que era la mujer más dulce del mundo.

La puta más dulce del mundo.

Me fui a vivir con mi tía, pero mi madre cada noche, entre sueño y sueño, volvía para decirme cómo, sin ayuda de nadie, podía ser capaz de ver las mágicas flores de agua.

Y lo he conseguido: cada noche de San Juan consigo ver una, florecen en los sitios más insospechados, en el aire, en las farolas, en los lomos de un gato nocturno. Entonces, cuando las descubro, les pido un deseo, siempre el mismo deseo:

que mi puta madre me siga contando cuentos todas las noches del mundo.

DOS

EL ULTIMO DE LA LISTA.

Yo también tuve una vez quince años.

El día que los cumplí mi padre fue y me dijo

Ya eres un hombre.

Así empezaba el día P, y así había empezado ese día P en que mis otros seis hermanos, uno tras otro, habían ido cumpliendo también quince años y mi padre les había dicho

Ya eres un hombre.

Por la tarde mi madre preparaba un chocolate muy especial, nos sentábamos los nueve a la mesa y el silencio sólo era interrumpido por las risitas y coñas de los que no cumplían años...

Cuidado no te quemes, Pablito, a ver si...

Y es que yo era el último. El último de la lista. La tradición, que se remontaba generación tras generación, tenía en mí al último eslabón, por ahora, claro. Porque a los quince años, la edad del despertar, mi padre, como antes hizo con él su padre, y así sucesivamente, te daba su primera y última lección sobre los misterios de la vida. Te llevaba de putas.

La noche anterior no pude pegar ojo. Para mí era como si, al día siguiente, me fueran a echar a un abismo, pero un abismo que no debía de estar del todo mal si recordaba las caras de mis hermanos después de. Cuando, a la mañana siguiente, mi padre, durante el desayuno familiar, le daba un par de golpecitos en los hombros al recién estrenado.

Granuja, granujita...

Entonces mi madre sabía que al granuja granujita en cuestión, que se había puesto más colorado que un tomate, había que servirle doble ración de madalenas.

El día P.

Aquel era el día que esperábamos y temíamos a la vez, pero del que nunca se hablaba, no podías preguntar nada –no te atrevías- ni siquiera ahora que dos de mis hermanos pasaban ya de los veinte: lo que había detrás de su misterio tenías que descubrirlo tú.

Yo, por ejemplo, descubrí lo de la libretita.

La libreta de calificaciones.

Mi padre la sacaba sólo el gran día, la sacaba de un rincón escondido de la cómoda de su dormitorio y la volvía a guardar, de madrugada, cuando regresaba del prostíbulo.

¿Prostíbulo?

Prostíbulo, burdel, casa de citas, casa de lenocinio, mancebía, lupanar, lumpen, putaísmo, ramería... antes se llamaba así, hasta que llegaron los americanos y con la imaginación que les caracteriza pusieron lo de nait club, hay que joderse... todos al nait club.

La noche de los gemelos aguanté el sueño hasta que pude. Lógicamente todo debía de ser por duplicado y la imaginación se disparaba más de la cuenta pensando, qué sé yo, si lo harían con la misma, o quién sería el primero. O si habría pique entre ellos o...

Mi padre lo tenía todo controlado.

Una adecuada educación sexual es imprescindible para que un muchacho crezca sin traumas, sin fantasmas. Por supuesto, me ha costado lo mío, pero las encontré: dos putas gemelas.

Eso lo supe al cabo del tiempo, cuando uno de los gemelos, al cumplir los treinta, en el único alarde de complicidad que jamás tuve con ninguno de mis hermanos, me confesó que era gay y me contó su noche más larga.

Los caminos del señor a veces se tuercen...

La noche de los gemelos mi padre olvidó la libretita sobre el aparador de la entrada.

Al cabo de media hora todos dormían, menos yo. Así que con mucha cautela bajé de la litera, agarré la libreta secreta y me escondí en el baño. Allí, con el pestillo echado y sobre la taza del wáter, le di una ojeada rápida. *HACE COMO QUE PASA UNA HOJA DE LA LIBRETA.*

Manolo, Alessandra, tres veces, 7,5. Fogoso pero torpe.
PASA OTRA HOJA.

Luis Ricardo, Patro, cuatro veces, 8,2. Lástima que se desfondara.
Y OTRA.

Jose Sebastián, Alesandra, dos veces, 9. Mucha calidad y orgullo. Lloró al rematar la faena y no poder repetir. ¡Torero, toreeroo! Le tocaba el turno a Antoñete, pero en ese momento escuché ruidos, la lamparita del dormitorio de mis padres se encendía, así que rápidamente salí del baño, volví a dejar la libreta en su sitio y me subí a la litera de un brinco.

A la mañana siguiente, mi padre dobló los golpecitos en los hombros. Los gemelos se hartaron de madalenas y mi madre, sin levantar casi la vista mientras nos servía el desayuno, no paraba de mirarme sin mirarme...

Mi padre, como siempre, tan oportuno: sólo quedas tú, el último de la estirpe. ¿No nos irás a dejar mal, eh, Pablito?

Y a mi madre se le escapó una lágrima que disimuló como pudo.

Qué responsabilidad, pensé. Qué miedo. Yo, acercándome al precipicio de mis quince años y no sabía nada de nada. Ni mis hermanos sabían nada de nada. Mis padres no hablaban de sexo. Nadie hablaba de sexo. Hasta entonces el mundo no tenía sexo. El sexo no existía. Nada, ni una broma. Y en el colegio, el cura que daba Religión...

La lección seis no se da. Y punto.

Sólo recordaba un par de líneas de un manual que guardaba mi padre, F.E.N., Formación del Espíritu Nacional, se llamaba, creo, y decía algo así...

“ el fin natural del matrimonio católico es la procreación”. Procreación. Aquello sí que me excitaba. Era lo más fuerte sobre el sexo que había oído hasta entonces. Y ahora, mi padre, me iba a llevar de putas.

Del cero al infinito.

Ya eres un hombre.

Mi padre se dirigía a mí con la satisfacción del deber cumplido, como educador y como español con un par de cojones.

Mi madre me puso de domingo y estrené muda.

Y, de los nervios, me quemé la lengua con el chocolate. Yo no sabía si la lengua se tenía que utilizar a la hora de la verdad. Imaginaba que sí, que tendría que ser para los besos, pero, claro, tampoco sabía si a la puta habría que besarla o simplemente penetrarla, que – en aquel momento- era la palabra más fuerte que había encontrado en el diccionario ya que, curiosamente, venía después de pene, pene-trar, pene-entrar. Estaba claro. A mí, la lógica se me daba muy bien. Pero mis nociones de teoría sexual terminaban ahí: en el verbo penetrar.

Era otoño y atardecía muy pronto, no serían más de las ocho pero ya era noche cerrada. Mi padre, de punta en blanco, pidió un taxi...

Capitán Ledesma, 3.

El taxista reconoció inmediatamente la dirección y nos miró con la sorpresa en su calva. Nos condujo hasta una pequeña casa que parecía de lo más normal hasta que, una vez dentro, descubrí, por primera vez, que la oscuridad no era negra, sino roja. Oía risas, mezcladas con gemidos. Estaba claro que allí la gente se lo pasaba bien y se mascaba esa tensión tan agradable de cuando jugaba al

escondite con mis primas. Una mano femenina me acarició la barbilla:

Así que éste es el último. ay, cómo pasa el tiempo.

El último, sí señora. Y es todo suyo.

Y me condujo hasta una habitación.

Te espero en el taxi. Pórtate, machote.

Mi primera noche de amor se me hizo eterna. En la cama, los dos desnudos sobre unas sábanas que olían a limpio, todo resultó ser eterno: las tetas de aquella mujer eran eternas. Mi pito hubiera necesitado una eternidad y media en ponerse erecto por más que Alessandra, a la que conocía por la libretita, me manoseaba y manoseaba eternamente.

Tú dejate llevar, guisantito, petit pois, ya verás cómo es muy fácil...

Yo me dejaba llevar, me dejaba hacer, como una marioneta de hilos sin hilos, pero por más que Alesandra se contorsionaba, humedecía los labios, se balanceaba sobre mí... no conseguía hacer prácticamente nada. Ella me dirigía. Era guapa, aunque no tanto como mi madre, pero tenía los pechos más grandes y los ojos y los labios más pintados. Mis manos la tocaban donde ella quería ser tocada.

¿Te gusta?

Mucho, señora puta...

Puedes llamarme Sandra...

El cuerpo de una mujer, pensé, es complicado. Cuando le toqué eso, que después me dijo Sandra que se llamaba pubis, busqué a ver si había algo más. Qué decepción, no había más que pelos y agujeros. Aquello se estaba convirtiendo en una clase de anatomía. La pena era que el profesor de Naturales jamás me preguntaría sobre tan curiosos desniveles...

Alessandra, infatigable, probaba y probaba.

¿Te gusta, guisantito, petit pois?

Lo de guisantito me empequeñecía todo todavía más.

Pero ella insistía de mil maneras distintas, hasta que exhausta, sudorosa, cayó sobre la cama, desistió y me invitó a que reposaría sobre sus pechos. Nunca encontraré unas almohadas más acogedoras.

Así pasamos un par de horas, durmiendo plácidamente.

Nos despertaron unos golpes en la puerta. Era mi padre: la tarifa – la del taxi y la del burdel- daba sólo para tres horas. Se le oía contento. Debía de estar pensando que el último le había salido un vicioso de narices. Nos pusimos la ropa. Alessandra tampoco tenía mucho que ponerse pero yo tardé un buen rato mientras mi padre fruncía el ceño cuchicheando con aquella señora y entregándole un sobre con el dinero. Me sentía avergonzado. Cuando se descubriera todo iba a convertirme en el hazmerreír de la familia, en la oveja negra e impotente del rebaño. Qué horror. Mi padre seguía las indicaciones de Alessandra y las anotaba en su libreta. Al salir, la puta me dio un par de besos en la mejilla, apenas rozándome con sus descomunales pechas. Entonces noté cómo mi bragueta estaba a punto de estallar, qué cosas, precisamente ahora.

Y nos volvimos a meter en el mismo taxi, mi padre se sentó junto al conductor y apuntó unas últimas anotaciones en la libreta. ¿ Se lo contaría a mis hermanos? Sólo me quedaría el consuelo de mi madre. Yo no era un hombre, mi vida sexual no era superior a la de un mosquito... Aproveché entonces un descuido de mi padre y estiré la vista todo lo que pude. PABLO, ALESSANDRA, 9,5, Cinco veces, un semental. El mejor. La raza en su máxima expresión.

Y , hasta donde podía leer, ponía

Matrícula de Honor, cum laude, vigilar para que tanta energía no derive en perver...

Perver, hasta ahí llegué porque mi padre giró un poco la cabeza y yo me hice el dormido.

Fueron los cinco minutos más relajantes de mi vida. Pensé en Alessandra, en sus pechos tan blancos y en sus pezones que eran como chapas de fanta gigantes rosadas y volví a tener la erección que había tenido a destiempo y me manché los pantalones.

Y Alessandra me pareció la mentirosa más encantadora del mundo.

La canción de Madalena, María.

Recién sacada del horno
donde se cuece la vida
donde queman la canela
y se doran las heridas,
ella va y pisa la calle
besa todas las esquinas
donde pasará la noche
siempre con un peso encima.
A mal tiempo buena cara
arráncate una sonrisa
y sueña con ese mar
que nunca va a la deriva
un camino sin retorno
a tu tierra prometida
donde montar un estanco
en cualquier ciudad perdida,
tan perdida como tú
desde que eras una niña
siempre oliendo a madalena
aunque te llamen María.
Ella espera en su mirada
a que llegue ese día
en que un príncipe azul
la retire de la vida
mientras tanto van de gris
los príncipes que se arriman
prometen el oro y el moro
le pagan mal y se piran.

TRES.

MILAGRO.

¡Acabo de hacer el amor con María Magdalena!

¿Me has oído bien?

María Magdalena, tío. Que acabo de estar con ella y...

Cómo que y qué, joder, Pablo... ya estamos con y qué...

Que me acabo de follar, perdón, que acabo de “hacer el amor”, que no es lo mismo, eh... con la auténtica María Magdalena...

¿Pero qué cantante mexicana ni qué leches? Que no, tío, María de Magdala, la puta de Cristo, tío, la de la Biblia, coño, ésa a la que se acercó y la trató como una persona y no como a una apestada y desde entonces las putas empezaron a entrar en el reino de los cielos... ¿Te suena?

No me crees, ¿verdad? Vale. Tampoco sé si me lo creo yo. Al principio me lo he tomado a guasa, como tú, pero cuando venía para acá he empezado a darle vueltas al coco y eso me preocupa.

No le veo la gracia, tío.

He ido al Cisne negro, ¿no? Me habían dicho que había chicas nuevas.

Y allí estaba ella. María Magdalena.

Como dicen los americanos: “*in person*”.

Al principio todo ha sido de lo más normal: estoy en la barra ¿no?, con mi cubata esperando a ver qué cae, y cae por allí una cara diferente, tío, se me acerca una así, muy muy exótica, ¿no?: ojos negros, ¿no? pelo muy muy largo y muy muy negro, edad indefinida...

Yo qué se... Entre veinte y ... dos mil años... ¡Coño!

Primero me fijo sin fijarme, así, de refilón, ¿no?: Un buen par de peras, y lo de siempre: que si me invitas a una copa, que si cómo te llamas.... Noto que habla con acento, acento raro, me fijo más, no era de aquí ni de coña; guapa, muy muy muy guapa, no, tía buena, no, guapa; como mora pero sin ser mora. Me dice que se llama María Magdalena, yo le dejo caer de forma así más o menos indirecta que no me suena a nombre para, ya sabes, ¿no?, que ahora está de moda Jéssica, Vanessa, Gissela, con esos de sesssxo... y ella lo pilla en plan directa y me suelta “te equivocas, no hay mejor nombre para una puta que el de María Magdalena... La madre de todas las putas.”

Me quedo blanco, tío. En su boca la palabra puta suena bien... suena a.... suena a... ¡coño, como cuando tú la pronuncias! suena bien, de veras, suena a dignidad...

Me dice que es de Judea, no de Israel, no, de Judea, de un pueblecito cerca de Belén, me lo pone a huevo y le suelto el chiste ese que me contaste...

¿Sabes cómo se llaman los habitantes de Belén?

Belemnitas, me dice.

Va a ser que no. “Figuritas”...

Y empiezo a reírme, tú ya sabes que siempre me río antes de acabar, “figuritas”, lo repito para ver si lo pilla, “figuritas”, me descojono. ¿lo coges?. Belén/figuritas.

No le hace ni puta gracia.

Me coge de la mano y me lleva a un reservado.

Para que no le cuente otro chiste, supongo.

Nos vamos a la cama, me desnudo y ella deja el bolso al lado de la mesita de noche.

¡Me vuelven loco sus bolsos, tío, ya sabes... es que llevan de todo...!

Y siempre te sorprenden. Es como un todo a cien, pero en miniatura.

¿Te he contado que el otro día me tocó una que sacó un yo-yó fosforito y se puso a jugar, así, antes de... como si le relajara...?

Pues ésta lo primero que saca, antes de los preservativos y sus cosas, es un crucifijo.

Andá la hostia. Tú lo has dicho.

Un crucifijo, tío, con su cristo hecho polvo. Me dice: es mi jefe, ¿te importa?. Y va y lo pega en la pared, pom, así, a medio metro del cabezal de la cama, se queda allí el crucifijo, pom, como si tuviera un adhesivo con el cristo aquel agonizante al que todavía le quedaban ganas de vigilar con un ojo...

Después va al servicio y trae una palangana de esas llenas de agua, mete mis pies en ella y me los lava con mucha delicadeza, como le hizo a Cristo. Y por último va la tía y me los seca con su pelo, tenía una melena preciosa, tío, de esas rizadas, pero preciosa de verdad...¿Te has secado los pies alguna vez con el pelo de una mujer? ¿No? Pues tío, hasta que no te haya pasado no puedes decir que has hecho el amor... Te lo juro. Te pone a cien... qué digo...

¡a mil!

Lo malo era el Cristo, allí, vigilando con un ojo cerrado y el otro mirando a todos los lados, como mosqueado, ¿no?. Como si fuera su chulo.

Los chulos son nuestros enemigos. Eso he pensado al principio.

Pero, claro, él no podía ser el chulo de nadie, con lo que le chulearon al pobre, bueno, y siguen chuleándole sobre todo los suyos.

Total. Que ella va y dice algo entre dientes, como si rezara. Termina y se le ilumina la cara, se santigua y y y... bueno, lo demás ya te lo imaginas, ¿no?

¡Divina!.

Me ha subido al cielo... tío, y eso a pesar del palo del Cristo ahí, que seguía sin quitarnos el ojo; pero al cabo de cinco minutos María Magdalena te lo hacía olvidar.

Sí, sí. Ya sé que algunas se lo montan así, en plan teatral, ¿no?, para dar más morbo ¿te he contado que el otro día estuve con una que decía que era Heidi y yo su abuelito? Y le dije ¿por qué no llamas a Clara y nos hacemos un trío?

Pero no no no no, no es el caso. Ésta era María Magdalena. Te lo juro.

Ya sé que es para no creérselo, pero era así.

Yo no soy, bueno, no era creyente, es decir, sí: siempre he creído en muchas cosas: en la amistad, en la muerte, en un buen vino, en un mal libro, en las putas, tío, sobre todo en las putas.

No como tú, que en lo único que has creído en tu puta vida es en las flores de agua... ay...

Pero es que tampoco creía que se pudiera hacer el amor, no follar, no, "hacer el amor" con una puta.

Y lo he hecho.

Nunca me había planteado ser un creyente más.

Claro que hasta hoy,

hasta hoy...

nunca había levitado.

CUATRO

CON TACTO

Perdonadme, pero hasta marzo del 2006 me es imposible atender cualquier petición, absolutamente imposible. Desde que he sido invitado por vuestra Fundación, Cultura de Neón, resulta frecuente encontrarme a gente que asiste a mis conferencias única y exclusivamente para conseguir el anuncio que, hoy por hoy, no os puedo ofrecer y, os lo digo de todo corazón, creedme que lo siento. Ésta es una de las razones por las que se me ha invitado: para deciros cómo vosotras mismas, vosotros mismos, trabajadoras y trabajadores de la prostitución, podéis ser capaces de redactar vuestros propios anuncios de contactos, aplicando un poco de imaginación y lo que yo llamo “regla de las tres “sen”, a saber: sensatez, sensualidad y sencillez.

No olvidéis que estamos en las páginas más importantes de todos los diarios. Nuestras referencias ocupan un lugar más extenso, por ejemplo, que el de política internacional o la información bursátil. Es más: hay diarios que se nutren básicamente de nuestras aportaciones. Antes, el lector abría su periódico por las páginas finales: para ver el horóscopo, la programación televisiva o los deportes. Ahora ese mismo lector – según los últimos estudios sociológicos- lo abre por nuestra sección, que, como bien sabéis, se llama CONTACTOS y que yo, permitidme la licencia y el juego, lo llamo con- tacto.

Sí. Con tacto, separado, ¿por qué?, porque trabajamos con las manos, bueno, no sólo con ella, ya lo sé, pero todos sabemos la importancia de las manos para expresar emociones, felicidad y cariño. ¿Os habéis parado a pensar que cada día usamos menos

las manos en nuestras relaciones cotidianas, como si tuviéramos miedo a tocarnos, a decirnos que nos necesitamos, a querernos...? Pues bien, nosotros, con tacto, con mucho tacto, sutilmente, estamos diciendo al mundo que, sea como sea, hay que amarse por encima de todo. O por debajo. Por delante o por detrás. Al sexo, queridas mías, queridos míos, no le hacen asco las preposiciones.

Paradójicamente, por matar a alguien – en la guerra guarra de Irak, por ejemplo-, por matar a alguien, digo, hasta te condecoran.

Sin embargo, por amar, porque le llamen como quieran llamarle es sólo eso: amar, en vez de ponerte una medalla puede que te den a elegir: ¿horca o lapidación?. O excomulgan, o te encierran o te dicen subnormal. Y el mundo permanece impasible.

Así que, queridas prostitutas y trabajadores del sexo, tacto, mucho tacto para abrir las conciencias. Para que ese lector que va a abrir sus ojos frente a uno de nuestros anuncios, abra también, con mucho tacto, el tacto de su conciencia.

Yo empecé en esto por casualidad. Vino a visitarme Fini, mi vecina puta del cuarto. Me pidió que le escribiera un contacto y así, sin comerlo ni beberlo, iba a escribir mi primer anuncio.

(foto de Fini: una gorda impresentable)

Lo primero que hice fue documentarme, estudiar el estilo de las propuestas. Vi, por ejemplo, que los anuncios que más rentabilidad tenían -aunque fueran los más caros- eran los que presentaban una foto “real”, es decir, una foto de verdad de la anunciante. Así que empecé por pedirle una foto a Fini. Después pensé que para qué se la había pedido. Una foto real de Fini ahuyentaría a los clientes. Pero no, Fini me trajo una foto de una mujer despampanante.

(foto de Fini. No tiene que ver nada con la Fini de antes. Ahora es un pedazo de tía)

Debía de ser su prima. Guapísima. Le dije que había un código ético que respetar y que podía ser denunciada por algún cliente. Se indignó. Aquella foto era “realmente” suya. Se la había hecho hace diez años. Era, por tanto, real. Así que acepté y me lo tomé como una cuestión personal. Tras varios días dándole vueltas salió el eslogan, la frase publicitaria que vendería a Fini estaba hecha:

(primer anuncio:)

Del cero al in-fini-to. Atrévete. Fini. VISA ORO. Foto real.

A Fini le hizo gracia la frasecita. Así que fue al periódico, pagó y esperó.

Pasó el tiempo y, al no tener noticias de ella, pensé que el anuncio había sido un fracaso. Hasta que una tarde se me presentó en casa con medio club Las Margaritas. Al parecer el anuncio había sido todo un éxito. Fini no había tenido tiempo ni para darme las gracias y se había dedicado a enviar al “infinito” a una clientela atrevida. Además, con tanto tute, había adelgazado, así que estaba tan encantada, como agradecida, me pagó con creces y me traía a sus compañeras y compañeros de faena, cada una y uno con su foto “real” y dispuestos a retribuirme lo que hiciera falta por una frasecita como la de Fini.

Aquella tarde cambió mi vida. Y ahí empezó todo.

Hace dos años obtuve la mención de honor en el Certamen Internacional de Publicidad de Valparaíso, en Chile.

(Foto de Iván con su premio como si a garrara un Oscar)

Aquello suponía algo más que un premio: era la primera vez que un anuncio de contactos se alzaba con un galardón publicitario de prestigio en todo el mundo.

(anuncio:)

Decía: Ámate un poco, Ámame, y nos amaremos muy despacio.
Amanda. Américan Exxxpress. Foto real.

(Como apoyo, una foto de Amanda, una chica de lo más normal, en vaqueros).

Aquel anuncio, tan aparentemente simple, dio la vuelta al mundo. Según el New York Times rompía esquemas. Convertía valientemente lo que en algunas sociedades raya en lo prohibido en algo –cito al periodista James O’Connor- que “rezuma la sencilla poética de la sensualidad”. Ni qué decir tiene que Amanda se retiró en menos de un año y con las ganancias obtenidas montó un estanco en Segovia, su ciudad natal. Foto real.

(foto de un estanco)

Cinco de los diez anuncios más rentables del negocio en todo el mundo han sido diseñados por mí: Pablo, por favor...

(anuncio:)

-Necesito papi que me pague la carrera. Te prometo un sobresaliente. Mónica. Foto real. (En la foto , - MÓNICA relame la punta de un lápiz)

Siguiente, por favor...

(anuncio:)

-Mujer despechada -140 cms.- te espera a pecho descubierto. Lola.(en la foto, sólo se ve el pezón de la teta izquierda de Lola). Por primera vez entraba el minimalismo en la oferta de los contactos.

(anuncio)

-Peter Pan dejó de serlo conmigo. Campanilla. Foto real (En la foto, María Campanario –que así se llama la joven- esgrime un pequeño artilugio dorado como si fuera su varita mágica-)

(anuncio)

- Sí, sr. cura, soy anormal. Como Vd. ¿Le gustó? Pues cuénteselo a sus amigos, sobre todo a los del clero. Reverendo Dimas. Culto al cuerpo. SOLO VISA ORO. Foto real.

- (anuncio)

-La viuda alegre está triste. Necesito algo más que un consolador. María Angustias. Descuentos para grupos e Imsero. VISA O METÁLICO. Foto Real. (el anuncio tenía forma de esquila).

No son, sin duda, mis mejores anuncios pero sí, quizás, los más famosos.

Como éstos he escrito hasta hoy más de tres mil.

(anuncios, a hora de verdad, de contactos: para un minuto aprox.

que terminan con una esquila de:

PABLO

murió ayer

vivio treintaytontos más o menos feliz

sus amigos Pablo, Pablo y Pablo no lo olvidan.

Sus putas tampoco.)

Anuncios que son historias. Historias breves, intensas como el sexo.

Cada anuncio, queridas, queridos, es una propuesta distinta.

Así que... animaos.

Tambien vosotras y vosotros podéis escribir el vuestro.

Y CINCO...

POLVO.

PABLO SOSTIENE UN PEQUEÑO FRASCO EN LA MANO.

LAS CENIZAS DE PABLO.

LEE SOBRE EL FRASCO, A MODO DE PROSPECTO.

Pablo, hombre.

PRESENTACION: envase que contiene 150 gramos de sus cenizas.

COMPOSICION: cada miligramo de ceniza aporta aproximadamente 1.000 gramos de concentrado de carne de recuerdos.

: INTRODUCION: Pablo es un derivado humano que no posee acción analgésica, pero alivia la memoria de sus amigos Pablo: el hijo de puta; el otro Pablo, el último de la lista; Pablo, novio oficial de María de Magdala y Pablo, el famoso redactor de contactos.

INDICACIONES: Especialmente indicada contra la úlcera de alma.

POSOLOGÍA: Una sola ceniza contiene cuarenta años de rabetas, juergas, declaraciones de renta, soledades y felicidad parcial.

COLOCA UNA CENIZA SOBRE LA YEMA DEL CORAZÓN.

Joder, Pablo, no somos nada, ¿eh?...

INCOMPATIBILIDADES: No debe administrarse combinado con momentos de contemplación de una mujer, y más si ésta es hermosa y está desnuda.

INTOXICACION Y TRATAMIENTO: En el caso de excesiva dependencia, romper el frasco inmediatamente, llamar a todos los Pablos y montarse una escapada de vicio en mi honor.

JUEGA CON LA BOTELLA. LA GIRA EN EL AIRE.

¿Te has mareado?

ABRAZA LA BOTELLA, COMO SI FUERA A BAILAR CON ELLA.

¿Bailamos?

SUENA UNA MÚSICA LLENA DE RECUERDOS.

¿Sabes, Pablo? a mi madre no la incineraron, como a ti, entonces no se llevaba eso. La enterramos como a toda hija de vecino. Bueno, como a todas no. En su funeral apenas había nadie. Hasta el cura que lo ofició – que, por cierto, me sonaba su cara- dijo amén y se largó. Yo me preguntaba por qué no estaban allí todos mis padres.

Después, con el paso del tiempo, he entendido que la vida -a veces- es así. Así de puta.

La madre más buena del mundo tiene adjudicado el nicho 6564 del sector H. ¿Sabes, tío? un cementerio es como una urbanización con sus calles y sus parques, aunque no hay niños jugando ni viejos matando el tiempo. No hay ni Dios. Será por eso por lo que la llaman la ciudad de los muertos.

Sobre la lápida de la madre más tierna del mundo, mi madre, sólo hay escrita una letra. Tú lo has dicho. P, pe punto. Para qué más. Como dice el refrán. Genio y figura –y puta- hasta la sepultura. Seguimos viviendo mientras haya alguien aquí, en la tierra, que piensa en nosotros. Quizá por eso mi puta madre siempre está cerca de mí, en el corazón del corazón.

Yo no le llevo rosas, ni margaritas, ni crisantemos. Mis flores son, naturalmente, flores de agua. Las arranco del aire de mis sueños, las guardo en un tiesto mágico y, cuando reúno unas cuantas, se las acerco al otro barrio...

LLego al atardecer y me planto frente a su P.

- La letra P. es una mujer embarazada que enseña su bombo feliz.-

Cierro los ojos y acaricio con mi nariz el vientre de la letra. Así. Y entonces mi madre deja de hacer feliz por unos segundos a los santos pecadores que se sienten muy solos allá arriba y viene hasta mí con su delicioso escote de siempre, sus ojos de miel que endulzan el cielo y me regala su mejor sonrisa.

Después recoge, una a una, las flores y se las lleva a su jardín. Algún día, Pablo, tú y yo, y todos los Pablos del mundo, pasaremos por él, un jardín enorme lleno de flores de agua. Y mi madre, mi puta madre, estará allí para volver a contarnos el sueño más hermoso.

Ha llegado la hora, tocayo. Aquí me tienes. Para cumplir tu última voluntad: arrojar tus cenizas en un prostíbulo.

Prostíbulo, burdel, casa de citas, casa de lenocinio, mancebía, lupanar...

El mejor prostíbulo del mundo. Éste.

Donde se venden y compran los sueños.

En nombre de Pablo, gracias por vuestro respetuoso silencio.

PAUSA.

Antes de irse para siempre, me hizo una pregunta, la última:

¿Habrá putas en el cielo?

Pues claro, joder, faltaría más, le respondí.

Mientras haya putas... habrá cielo.

Si no fuera así...cómo Dios va a poder aguantar tanta eternidad.

MIRANDO HACIA LAS ALTURAS. ¿No, jefe...?

Felices y putos sueños, amigo...

ARROJA LAS CENIZAS. PARPADEAN. SUENA LA CAJA DE MÚSICA Y SE VA HACIENDO OSCURO MUY LENTAMENTE.